

FRITZ KRÜGER — **El mobiliario popular en los países románicos.**
 Suplemento III da "Revista Portuguesa de Filologia".
 Coimbra, 1963, VI + 757 pp. en 4.º con 76 fotos y LXXVIII
 láminas de dibujos.

He aquí, por fin, el esperado tomo A, el primero, del amplio e interesantísimo estudio que el Autor viene publicando desde hace años sobre el tema que figura como título. Le habían precedido el tomo B, sobre *Los asientos*, aparecido como separata de los *Anales del Instituto de Lingüística*, Mendoza, tomo VII, 1959, y el tomo C, sobre *La cuna*, en la *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*, Madrid, tomo XVI, 1960. Ahora ya sólo falta un *Apéndice* complementario, que todavía no sabemos dónde verá la luz. La publicación de una obra de modo tan disperso constituye un grave inconveniente. Dentro de unos años resultará difícil encontrar reunidas todas sus partes. Ya sucede esto con los tomos del trabajo del mismo autor sobre *Die Hochpyrenäen*. Pero seguramente han sido mucho mayores las dificultades que han impedido una publicación conjunta, como, sin duda, se ha deseado.

Este tomo trata de las arcas, cofres y baúles, de los armarios y cómodas, de las tachas, nichos, vasares y aparadores, de las mesas, de la cama, del mobiliario especial de cocina y despensa. Su propósito ha consistido, a semejanza del de toda la obra, en esclarecer los orígenes de todas estas clases de muebles, su dispersión y su evolución en la casa rural, hasta que llega a ésta la influencia de los estilos artísticos. Y se ha realizado de modo satisfactorio, teniendo en cuenta las condiciones geográficas, sociales y culturales que han contribuido a la formación de cada tipo de mueble y a su desarrollo.

La empresa ha revestido una gran magnitud, porque, de acuerdo con la preocupación constante del autor, ha atendido tanto a la vertiente etnográfica como a la dialectal del tema, y ha puesto a contribución datos de uno y otro campo para lograr el máximo esclarecimiento de las cuestiones. Además, en el aspecto geográfico, no se ha limitado la investigación a los países románicos, como el título indica, sino se ha extendido a los países adyacentes (en Europa: al Norte germánico, al Este eslavo, al centro del continente), «con el fin — se dice — de destacar, por medio de una visión comparativa, comunidades, contrastes e interferencias en la evolución cultural de los países europeos y americanos».

Ha constituido un acierto iniciar el estudio con el del arca. Ningún mueble tan representativo del mobiliario popular ni que con tanta fuerza haya mantenido y expresado las tradiciones regionales. Ninguno tampoco, por consiguiente, que ofreciese tantas posibilidades para presentar de modo completo la lenta evolución técnica y los rasgos peculiares de ésta en cada región. Con un tema de tan favorables condiciones, no podía menos que resultar perfecto el capítulo a él dedicado.

De forma sucesiva se van exponiendo los distintos tipos de arca: las primitivas arcas de una pieza, excavadas en un tronco de árbol; las arcas cuyas paredes aparecen encajadas en cuatro sólidas pilastras que las sostienen; las arcas cuyas paredes se unen directamente sin intervención de las pilastras esquineras. De estas últimas, se registran las diferentes formas de soporte: laterales, frontales, de patines, etc.. Y minuciosamente se trata de precisar el área de cada clase, según permite la documentación disponible.

Como mínimo dato adicional a esta parte del estudio, conviene anotar aquí que el arca de pilastras no es, en la Península Ibérica, exclusiva de las provincias del Norte y de Cataluña. Se halla muy difundida por Castilla y descende, por lo menos, hasta la Mancha. A medida que se acerca al Mediodía, eso sí, se simplifica y pierde la belleza que presenta, por ejemplo, en el país vasco. Se convierte en un arca de madera clara, en su color, que con no poca frecuencia se friega. La decoración suele consistir en cuarterones tallados, en triángulos agrupados en forma de cruz de Malta — como los del *coffre à linge* de la Vendée, siglo XVII, representado en la lám. VII e — y en un faldón recortado y calado, que, como un encaje de madera, prolonga hacia abajo el frente y los laterales del mueble.

Una vez estudiados los diferentes tipos de arcas, se examinan sus diversos usos o destinos. Y entre estos, se presta una especial atención a las arcas empleadas para guardar grano. Tan interesante aspecto se completa, ya un poco al margen del tema, con una exposición de los distintos receptáculos primitivos que han servido — y aún sirven — para depositar grano: silos subterráneos, jarras o tinajas de barro cocido, odres, cestos trenzados de paja, palma, esparto, caña, junco. Resulta un cuadro sintético muy provechoso, en el que se determina la posición que tan rudimentarios depósitos ocupan frente a las arcas.

Se remata el estudio de éstas con una investigación sobre los muebles derivados de ellas — los cofres, los baúles, de los cuales se examinan con particular atención los forrados de cuero —, y con breves, pero muy jugosos apartados sobre la decoración y decadencia de las mismas.

A continuación se trata con bastante amplitud de los muebles que han ido sustituyendo a las arcas, primero en las ciudades y, ya modernamente, en las casas rurales; es decir, de los armarios y las cómodas. Se determina su aparición y propagación, su tipología y decoración, y, por último, la correspondiente terminología. Representan una de las más importantes muestras de la modernización del mobiliario rural, y aunque en no pocos casos poseen elementos que les confieren rasgos típicamente regionales, responden, en lo fundamental, a la traza y a los gustos del mueble urbano.

Mayor carga tradicional ofrecen los nichos y los vasares. Los nichos, tan antiguos y al mismo tiempo tan modernos, deben interpretarse, más que como expresión de primitivismo, como recurso para resolver la falta de espacio. Se encuentran, es verdad, en las cabañas de pastores y en las casas rurales; en éstas, con frecuencia, la parte destinada a los animales, a los aperos y a almacenar la cosecha ciñe y oprime a la parte destinada a vivienda; mas

el nicho ha abundado, asimismo, en las viejas ciudades de construcción apretada, y entre ellas, sobre todo, en las árabes, cuyo apiñamiento llega al colmo; hoy mismo, por otra parte, representa una de las soluciones contra el achicamiento de la vivienda en las grandes urbes.

El Prof. Krüger pasa revista a los diferentes destinos del nicho en la casa rural: cenicero, fregadero, emplazamiento de la cama, depósito de utensilios de pastores, colocación de teas o candiles, vasar. Sobre todo, se detiene en el examen de los estantes incrustados en el muro o vasares; su área, formas, denominaciones.

En estrecha relación con el vasar empotrado, se estudian asimismo y de modo análogo, el vasar colgante y el vasar arrimado a la pared.

Como remate de esta parte destinada principalmente a los muebles para colocar o guardar la vajilla, se presentan en todos sus aspectos dos muebles de muy moderna introducción y reducida difusión en la vivienda rural: el aparador y el *buffet*. Solamente en el Norte de Francia y de Italia ofrecen una notable popularización dentro de la Romania.

La mesa — la mesa de comer, se entiende — es el mueble que se examina a continuación: su origen, su falta en la vivienda popular de numerosas regiones, la mesa levadiza, la mesa propiamente dicha. Y, como complemento de ella, los asientos que lleva aparejados en las diferentes comarcas: bancos sueltos, banquillos, arcas, sillas, bancos fijos a la pared, bancos provistos de respaldos. De cada una de las formas de mesas y asientos se determinan las variantes, usos, áreas, denominaciones; y todo, con el copioso aparato erudito y la aguda interpretación de datos que caracterizan la obra.

Se concluye el estudio de la mesa con un examen de los tipos especiales: la mesa con tablero de tejido de varillas, la mesa con pedestal en forma de tijeras, la mesa con patas divergentes, la mesa con caja rectangular, la mesa-arca, la mesa-artesa, la mesa provista de huecos circulares.

La mesa de comer queda perfectamente estudiada. Mas, en una obra acerca del mobiliario popular de la amplitud de la presente, se echa de menos un apartado sobre otras mesas, que si no han alcanzado la difusión y la popularidad de la de comer, no las han tenido menores ni ofrecen un arcaísmo más rebajado que otros muebles que en ella se registran; por ejemplo, la mesa camilla y la mesa de alas. Una y otra derivan, según parece, del tablero movable, por lo general redondo, en que antiguamente se presentaban las comidas a personas de alta jerarquía social. En los primeros siglos de la Edad Media este tablero ya se coloca sobre borriquetes durante la comida. En los siglos IX y X, el tablero y su soporte adquieren cierta ligazón de mesa; del borde de ésta cuelga un friso de cortinillas como las delanteras de cama; el mantel todavía no existe. Hay que llegar al siglo XIII para encontrar la mesa rectangular y el mantel. Esta es la mesa de los tiempos modernos. La redonda, que a pesar de su sencillez — unas tablas de pino y unas faldillas — no es conocida hasta entonces de los humildes, empieza a descender en la escala social. Con el tiempo, llega a adquirir en España una gran difusión entre la clase media de las ciudades y los campesinos acomodados de no

pocas villas y pueblos. A esta popularidad y a prolongar de modo notable tan larga supervivencia, la ha ayudado la adaptación, entre sus patas, de una tarima para colocar el brasero. En consideración a este elemento, el autor del libro comentado sólo la registra, y muy pasajeramente, al tratar de los utensilios de calefacción. La mesa de alas conserva igualmente varios rasgos de gran arcaísmo: las patas dispuestas en cruz, el tablero redondo y las alas abatibles. De su grado de popularización puede juzgarse por el hecho de no ser raro encontrarla en las barracas valencianas, además de la mesa pequeña de uso ordinario. La falta de la mesa camilla y de la mesa de alas en el capítulo general dedicado a la mesa es mucho más notada, porque ambos tipos de mesa se emplean también para comer.

De la mesa se pasa a la cama. Y de acuerdo con el criterio que se viene siguiendo, no sólo se estudia el mueble en sí, sino también sus contornos etnográfico-dialectales: la cama de las chozas de los pastores — el santo suelo, los lechos elevados, las tarimas fijas, los lechos portátiles —; el lugar en que se duerme — al aire libre, en la cocina, en el dormitorio, en dependencias de la casa-vivienda —; la copiosa tipología de la cama; las diversas particularidades de este mueble — su altura, los medios para subir a las camas altas, el colchón —; las designaciones de la cama.

Este capítulo despierta un vivísimo interés, no sólo por su rico contenido, sino por su carga de sugerencias. Un autor no puede fijarse en todos los puntos y aspectos de un tema cuando su atención se tiene que desparramar por un área muy extensa. Mas, si su sistematización es vigorosa y clara como en el caso presente, suscita en el lector tan numerosas ideas, relaciones y recuerdos, que rellenan de pormenores las consideraciones amplias y generales. Anotemos, brevemente, y como ejemplo, algunas de estas ideas y recuerdos surgidos al hilo de la lectura.

Los bancos son usados para dormir, aunque casi únicamente por los mozos, no sólo en el NO de España y en algunas regiones de Portugal, sino también, todavía, en el centro de la Península (por ejemplo, en la provincia de Toledo). Sobre la existencia de esta práctica en Castilla durante la Edad Media, conocemos alguna documentación unida a la figura del Cid: «el Cid acostosse en el lumazo [plumazo, colchón] que estaba en el escanno» (*Primera Crónica General*, ed. Menéndez Pidal, p. 603); «Jazies en un escaño, durmie el Campeador» (*Cantar de Mio Cid*, v. 2.280).

La cama de las alcobas en la Península es, en efecto, suelta e independiente en algunas regiones; mas en otras, no; por ejemplo, en toda la parte de Andévalo (Huelva) las tablas se apoyan en bancos de piedra que sobresalen de dos muros fronteros de la alcoba, y todas las paredes correspondientes al lugar de la cama se hallan revestidas de telas: los «reores de la cama».

Y a propósito de telas: en la parte dedicada a ciertos tipos populares de camas — camas de banquillos, camas de sogas entrelazadas — se echa de menos una explicación, siquiera general, sobre sus ropas. Son lechos cuyo valor reside, más que en la madera, en las telas: cortinas, delanteras de cama, sábanas, mantas, colchas, y todo lleno de primorosas labores. Sin

esta aclaración, se saca una idea muy pobre de unas camas, que, en la realidad, tienen una apariencia muy vistosa y hasta monumental. Además, algunos de estos elementos ajenos a la propia armadura del mueble pueden sugerir o confirmar ideas acerca de éste. Por ejemplo, los altos cabezales, formados por dos o tres almohadas (hasta tiempos recientes, en la provincia de Cáceres) llevan el pensamiento hacia Oriente. Este uso ya entró en el mundo clásico, ¿pero no pudo ser reforzado, lo mismo que el empleo de ciertos muebles sencillos, en algunas zonas del sur de la Rumania, por la influencia árabe?

Y ya que de orígenes orientales se trata, anotaremos aquí uno, indiscutible. Será la única aportación al último capítulo, interesantísimo, de la obra comentada. Y se referirá solamente a uno de los muebles — el cantarero —, de los muchos que se estudian como remate del libro: armarios de cocina, rinconeras, secaderos de embutidos y de frutas, dispositivos para guardar el pan, depósitos para vasijas de leche, cuchareros, escurrer platos, utensilios de calefacción. No se harán más comentarios, porque también hay que poner fin a esta reseña, que va resultando demasiado extensa.

Sobre el cantarero solamente vamos a añadir la noticia de la supervivencia, si bien en un área limitada, de la primitiva forma del *mucharabyeh* árabe: una especie de ventana en un muro que da al aire libre (calle o patio), no simple nicho; a veces, además, unos anaqueles en el exterior de la ventana, y todo, tanto en un caso como en otro, recubierto de celosías. De este modo las vasijas de barro poroso se encuentran siempre en una corriente de aire que refresca su contenido. Este cantarero debió de ser introducido por los árabes en Andalucía, y pasar luego de allí a las islas Canarias y a América. Hoy se conserva en dicho archipiélago y en algunos países americanos. En ambas zonas presenta en la parte alta una piedra en forma de semiesfera ahuecada por la cual se filtra el agua que va goteando en el recipiente de barro.

Como valiosísimos complementos de la obra, se encuentran al final de ésta un índice de palabras (pp. 643-679), un índice de láminas (pp. 680-696), la copiosa bibliografía (pp. 701-750), y la parte gráfica (75 fotos y 78 láminas de dibujos).

Resulta, como se ve, una obra completa, que de aquí en adelante será indispensable para cuantos deseen informarse de cualquier aspecto del tema. Hasta la impresión ha estado sujeta al máximo cuidado.

Madrid.

JOSÉ PÉREZ VIDAL